



Hacia un marco conceptual-metodológico renovado sobre las estrategias alimentarias de los hogares campesinos

*Ivonne Vizcarra Bordi**

* Investigadora del Centro de Investigación en Ciencias Agropecuarias, Universidad Autónoma del Estado de México.

Resumen / Abstract

La presente exposición tiene como propósito revisar la noción de estrategia alimentaria que comúnmente hemos aceptado y de la que abusamos para referirnos a los hogares campesinos cuando éstos se encuentran en crisis de subsistencia. Este concepto, sin embargo, no permite introducirnos en aspectos fundamentales que establecen las dinámicas que los hogares idean: las estrategias alimentarias para hacer frente a esas crisis. Por ello es mi intención proporcionar algunas pistas conceptuales que puedan servir de arranque para un examen más profundo y crítico de la seguridad alimentaria en todos sus niveles de abstracción (del local hasta el global). Para este fin, la exposición se

The aim of this paper is to revise the notion of food strategy that has been generally accepted and overused to make reference to the peasant households when they find themselves in a crisis of subsistence. Nevertheless, this notion doesn't allow our introduction into the fundamental aspects that establish the dynamics designed by those households: the food strategies to face those crises. My purpose is to supply several conceptual leads that can become the starting point to a more profound and critical reexamination of food security in all its levels of abstraction (from the local to the global level). For this aim, my exposition is divided into four parts. Firstly, the urgency of a conceptual



divide en cuatro partes, a saber: la primera es la urgencia de un estudio conceptual de las sociedades campesinas en el marco de la seguridad alimentaria; en la segunda analizo los conceptos que deben incluirse para definir las estrategias alimentarias de los hogares campesinos; en la tercera parte propongo un enfoque metodológico multidimensional y pluriperspectivo para el estudio de las estrategias alimentarias de los hogares campesinos, y, finalmente, planteo el examen de la comida u "objeto alimentario" como la arena social que permita dar seguimiento multidimensional y pluriperspectivo a las estrategias alimentarias de los hogares campesinos.

review of the peasant societies within the framework of food security. Secondly, I discuss the concepts that must be included in order to define the food strategies of the peasant households. Thirdly, I propose a multidimensional and multi-perspective methodological approach, to study the food strategies of the peasant households. Finally, I raise the study of the food or "food object" as the social arena that enables a multidimensional follow up, from more than one perspective, of the peasant households food strategies.

Introducción

El problema de la explotación y de las rebeliones es más que un problema de calorías e ingresos, es sobre todo una cuestión de la concepción que tienen los campesinos sobre justicia social, derechos, obligaciones y reciprocidad (Scott, 1976:vii).

Lo que Scott ignora es que el concepto que los campesinos tengan sobre justicia social es aún indeseable para una gran parte de ellos: las mujeres. Porque en la lucha campesina por satisfacer sus necesidades alimentarias, el concepto (de justicia social) esconde toda una serie de *relaciones* asimétricas y jerárquicas que estructuran y condicionan la vida cotidiana de la sociedad en su conjunto y de las mujeres en lo particular. Las concepciones que se tienen de las *estrategias* alimentarias que contribuyen a la reproducción social campesina por lo general parten de supuestos universales que pasan por alto una gran parte de estas *relaciones*, concibiendo casi siempre definiciones incompletas sobre esas sociedades.

Este trabajo tiene como *objetivo* redefinir el concepto de estrategias de seguridad alimentaria de los hogares campesinos y de explorar vías metodológicas acordes con las realidades de las sociedades campesinas para abordar su estudio. Con el propósito de redefinir el concepto, hago referencia a tres grandes aspectos que se revelan en varios juegos estratégicos de la reproducción social de los hogares campesinos: el poder; su lucha de resistencia tanto a perder espacios de control y saberes como a integraciones de procesos sociales más amplios, dentro de las cuales se van definiendo sus identidades de clase, etnia y género.



Debo precisar que mi visión se apoya en el paradigma constructivista de lo social, sustentado en la variedad de perspectivas, pues éste ofrece las posibilidades de reinterpretar las realidades haciendo llamado a un examen crítico de los supuestos universales que las han construido (Young, 1999). De esta manera, el constructivismo me permite “entender las estructuras y los procesos históricos de lo social, político, cultural y económico sobre el género y las razas, las clases y las etnias, lo que posibilita incorporar a (mi) trabajo valores un poco altruistas sobre el empoderamiento” (Guba y Lincoln, 1994: 115).

A partir de una revisión crítica de los supuestos universales que definen a las sociedades campesinas y sus hogares dentro del marco de los discursos de seguridad alimentaria, en la primera parte del trabajo hago una reflexión conceptual sobre la noción de estrategias alimentarias o de subsistencia de los hogares campesinos. Para renovar el marco conceptual de dichas estrategias, de antemano propongo rechazar un pensamiento dualista, evitando subordinar las categorías a procesos mayores o dominantes. Asimismo, para deshacernos de las perspectivas que sólo observan desde un ángulo plano o lineal a las sociedades campesinas, planteo en la tercera parte del trabajo abordar un marco metodológico multidimensional y pluriperspectivo que permita a la práctica asemejar a la teoría. Finalmente, y a manera de conclusión, retomo los aspectos clave que deberán contener el concepto de seguridad alimentaria de los hogares campesinos y una propuesta para abordar su estudio.

Sociedades campesinas dentro del marco de la seguridad alimentaria mundial

Después de la llamada Revolución Verde (en la década de 1960), algunos países llamados *en desarrollo o subdesarrollados* no sólo conocieron el milagro de la agrotecnología a través de los excedentes de sus productos cerealeros, sino también la vulnerabilidad de éstos frente a la internacionalización de sus precios. Muchas de estas naciones vieron amenazadas sus capacidades para satisfacer los niveles de consumo básico año tras año (Valdés y Siamwalla, 1981), hasta el grado de ser definidos como países deficitarios en materia de alimentos (básicos: cereales). En estos términos se definió la seguridad ali-



mentaria en la cumbre de Roma (1974), es decir, como la capacidad de los países deficitarios en materia de alimentación para satisfacer los niveles de consumo básico año tras año (Valdés y Siamwalla, 1981). En esta reunión, la FAO lanzó e institucionalizó un programa de financiamiento para sostener precisamente esa capacidad (requerimientos cerealeros,) poniendo de manifiesto que la seguridad alimentaria de los países deficitarios era un problema de orden mundial y, por consiguiente, se establecían los mecanismos de intervención mundial para dar resolución a tales problemas. Una de las disposiciones fue impulsar la autosuficiencia alimentaria, definida habitualmente como la capacidad de un país o región para satisfacer sus necesidades alimentarias a partir de su propia producción (Gherzi y Martin, 1996).

Con tal propósito, se pensaba que, aumentando la disponibilidad de alimentos gracias a una mejora sustancial de los factores de la producción en el sector agroalimentario y regulando los mercados de los agroalimentos mediante la intervención directa del Estado (principalmente en la política de subsidios a los precios de producción de cereales), sería posible reducir el déficit alimentario. Según la FAO, estas acciones deberían beneficiar sobre todo a los propios productores campesinos y sus familias (Gherzi y Martin, 1996).

Como podemos constatarlo a través de lo últimos 30 años, muchos países que siguieron al pie de la letra estos programas continúan siendo deficitarios en materia de producción de alimentos básicos, lo cual tiene como consecuencia lamentable el hecho de que una gran mayoría de naciones como México y la India fueran cada vez más dependientes del exterior para lograr su seguridad alimentaria.

No obstante y paradójicamente, la producción mundial de cereales aumentó 18% en los últimos 30 años y la disponibilidad diaria de calorías por habitante pasó de 2 300 a 2 750 durante el mismo periodo (Alexandratos, 1995). Ante tal realidad, y con el fin de corregir los males de la "política de desarrollo alimentario" promovida por organismos financieros internacionales (FAO, FMI, BDI, BM), encontramos que el concepto de seguridad alimentaria se ha modificado en la última década dentro de los discursos oficiales, creando un nuevo campo de intervención de poder: el libre mercado.

El nuevo plan de acción para lograr la seguridad alimentaria recomendado por la FAO y secundado por la Ronda de Uruguay considera dos grandes aspectos:

- En el ámbito político y en cuanto a prioridades, el esfuerzo concreto de los gobiernos se debe dirigir a favor del sector agropecuario y rural dentro de un contexto de liberalización del comercio mundial.
- En el plano técnico, una nueva revolución verde (biotecnología transgénica) deberá asegurar un desarrollo agrícola sustentable más eficiente, diversificado y menos vulnerable a las variantes económicas y ambientales (FAO, 1996).

El concepto de seguridad alimentaria en estas condiciones reconoce que si bien la autosuficiencia alimentaria es una parte importante para asegurar la alimentación diaria y equilibrada de una población dada, año con año, también es importante que las instituciones locales, nacionales e internacionales participen en un ámbito de libre comercio. En este sentido, la FAO declara que la producción nacional deberá combinarse con la importación de alimentos en un ambiente equitativo y de amplia cooperación entre todos los actores y agentes económicos que intervienen en la producción agroalimentaria a nivel mundial (Mahler, 1997). Esta práctica compensatoria entre la producción nacional y el comercio libre de alimentos da lugar a una mayor intervención de los mercados globales y libres, otorgándoles el privilegio de jugar un papel clave en el acceso a los alimentos para una gran proporción de habitantes en el planeta.

Los debates sobre el acceso a la alimentación, los recursos agropecuarios y su sustentabilidad, así como la participación democrática de todos los actores, han alcanzado dimensiones mundiales debido a dos grandes retos planteados por las Naciones Unidas:

- Eliminar progresivamente la subalimentación y la inseguridad alimentaria, las cuales sufre todavía una gran parte de la población de los países en desarrollo, afectando sobre todo a las poblaciones rurales (FAO, 1996).
- Proteger la esencia misma de la sustentabilidad, es decir, el potencial productivo y el papel del ambiente (ampliado) como recurso agropecuario, en provecho de las generaciones futuras, siempre y cuando se satisfagan las necesidades alimentarias y otras del desarrollo humano sustentable (PUNE, 1999).



Desde la lectura antropológica, Maxwell y Frankenberger (1992) redefinen el concepto de seguridad alimentaria con base en cuatro componentes: 1) una alimentación suficiente para que la población considerada lleve una vida activa y sana tal como es definida localmente; 2) el acceso a ésta será principalmente por la vía de la producción o por la compra y en un segundo plano por la ayuda alimentaria; 3) la reducción de la vulnerabilidad al riesgo de la pérdida o degradación de los medios de existencia; y 4) la necesidad de considerar la satisfacción alimentaria tanto a largo como a mediano y corto plazo. Estos elementos no sólo son amplios y aplicables a todas las situaciones nacionales y a todos los hogares, sino que colocan a la seguridad alimentaria como un medio de ejecución y no como un fin último para mejorar las condiciones nutricionales de toda población.

El acceso a los alimentos, la protección de los recursos naturales para asegurar alimentación a las generaciones futuras y el reconocimiento de todos los actores pasan hoy en día a formar parte del concepto de seguridad alimentaria. Principalmente se reconoce que el papel fundamental ya no sólo es de los campesinos, sino que se le da un lugar especial a las mujeres, a los indígenas y a su saber ecológico local (Escobar, 1995).

La plena participación "democrática" se convierte, por lo tanto, en otro elemento clave de la seguridad alimentaria, la que, a su vez, refuerza la tendencia a la globalización de los mercados agroalimentarios, que generalmente están acompañados de los mercados financieros (Courade y Peltre-Wurtz, 1991).

Si bien en esta amplia definición se reconoce la importancia de la producción de autoconsumo en condiciones sustentables, la necesidad de la población en cuanto a contar con un poder de adquisición aparece casi como el único medio por el cual se pueden adquirir alimentos. Si así fuese, entonces una forma de intervención social "correcta" sería la creación de empleos generadores de ingresos (véase Ghersi y Martin, 1996) y una revisión justa de la política económica de los salarios reales y de los precios de la canasta básica. Sin embargo, lo que se ha constatado es, por un lado, un fuerte impulso a las políticas de asistencia social y alimentaria para aliviar los males de la extrema pobreza y, por otro lado, reducir al máximo el papel del Estado en el sector agroalimentario y de bienestar social, liberando las fuerzas mercantiles para que regulen la generación de empleos, los salarios y los precios de los alimentos (Vizcarra, 2002).



A lo largo de esta breve exposición de la historia contemporánea —sobre la “necesidad” mundial de contar con planes resolutivos para evitar la inseguridad alimentaria—, hemos podido observar que las sociedades campesinas han sido conceptualizadas como categorías “residuales” o recipientes (Kearney, 1996) de los programas. Ni siquiera dentro de las ciencias sociales la mayoría de nuestras categorías analíticas sobre las sociedades campesinas escapan de tal utilitarismo (recipientismo), y aun peor, nuestras construcciones mentales bajo un esquema de oposiciones binarias y un pensamiento dualista (rural/urbano; periferia/centro; tradicional/moderno; agricultura/industria; vida material/vida cultural y/o el varón a la sociedad o cultura/la mujer a la naturaleza), han contribuido a etiquetar a los hogares campesinos como extensiones residuales de esas construcciones sociales, adecuándose constantemente a encajar en las políticas de seguridad alimentaria.

Estas construcciones hacen que una gran parte de la vida de la comunidad rural, de los hogares campesinos y sus miembros (mujeres y varones de diferentes edades) no se perciba ni se hayan percibido a través de su historia del sistema-mundo (Attwood, 1997).

La urgencia de reconceptualizar a las sociedades campesinas surge precisamente porque esas categorías residuales obstaculizan la comprensión de sus procesos de reproducción social dentro del sistema mundial capitalista. Como consecuencia, una importante variedad de actividades y de creatividad en sus estrategias de subsistencia campesina son invisibles y limitan nuestra comprensión de la amplitud de sus capacidades de organización, resistencia, iniciativa económica e invención social dentro del contexto concreto de su vida cotidiana (Friedman, 1994).

Por un concepto renovado de las estrategias alimentarias (subsistencia)

Durante mucho tiempo las sociedades tribales, campesinas, indígenas o autóctonas eran interpretadas como entes sociales estáticos y descontextualizados. A lo largo del tiempo los antropólogos han interpretado sus formas de vida, tratando de explicar su subsistencia material. En un largo proceso de de-



bates académicos, se ha dado por entendido, más o menos por consenso, que esas formas son en sí estrategias de reproducción social, siendo la alimentación un elemento fundamental de esas estrategias (Goody, 1976). Asimismo, se ha emprendido la tarea científica de explicar cómo estas estrategias se relacionan en contextos económicos y políticos más amplios, dando por resultado que en general la penetración de las relaciones sociales capitalistas o la modernización del sistema agroalimentario inducen un proceso de destrucción, fragmentación o desintegración de los sistemas de producción-consumo locales y familiares (De Waal, 1989; Mackintosh, 1989; Moore Lapé y Collins, 1997). Comúnmente, en estas apreciaciones las sociedades campesinas aparecen como víctimas, inertes, sin posibilidades de reaccionar o actuar.

La realidad contemporánea rebasa considerablemente los conceptos actuales que tenemos de las sociedades campesinas y de sus estrategias de reproducción social en interacción con contextos más amplios (Kearney, 1996), y en gran medida, estos conceptos obstaculizan que podamos proceder a un análisis detallado sobre sus prácticas sociales, sus representaciones, sus dinámicas reproductivas, las relaciones de poder y las nuevas relaciones sociales de producción e ideologías, que van reconfigurando esas estrategias y que escapan a menudo de categorías universales. Para no subestimar estas prácticas y relaciones en nuestras interpretaciones, es conveniente redefinir el concepto de estrategias alimentarias y evitar caer en el (abusivo) universalismo que impide cambiar el orden social.

Según Foucault (1992), la palabra *estrategia* se emplea normalmente en tres sentidos:

- Para designar las elecciones y los medios reflexionados para alcanzar un objetivo.
- Para señalar (en un juego) la manera en que se trata de tener sujeto al contrincante (o estar sobre el otro).
- Para designar (dentro de un enfrentamiento de combate) el conjunto de procedimientos y medios destinados a obtener la victoria.

Estos tres significados se complementan en situaciones de enfrentamiento, guerra o juego, donde el objetivo es actuar contra un adversario. En cuanto a



las ciencias sociales, las estrategias se definen por la elección de soluciones triunfantes (318-319). Sin embargo, como lo precisa Foucault, "es importante tener presente que se trata aquí de un tipo bien particular de situaciones, y que en otros términos hay que mantener la distinción entre los diferentes sentidos de la palabra" (319).

El concepto de estrategia definido en las ciencias sociales se fundamenta, efectivamente, en la producción de conocimientos en torno a una base empírica occidental determinando el triunfo de unos como el fracaso de otros. En este sentido, la estrategia consiste en el conjunto coherente de hipótesis, resultado de elecciones y maniobras, de dilaciones y condiciones precedentes, lo cual permite alcanzar un cierto número de objetivos fijados por miembros de una sociedad para alcanzar la seguridad alimentaria (Malassis y Ghersi, 1992). De acuerdo con esta definición, en un caso extremo, donde una sociedad enfrenta penuria y hambre prolongada, su problema vendría de la falta de estrategia, puesto que sus miembros no fueron capaces de elegir las soluciones que le permitirían tener acceso a los alimentos y evitar el hambre. Esta incapacidad a menudo se asocia con una crisis de subsistencia, la que a su vez, tiene consecuencias sobre la reproducción social.¹

No obstante, muchas de estas sociedades han superado sus hambres y penurias a lo largo del tiempo, dando muestra de su capacidad de responder a las adversidades para persistir y existir. Una gran parte de esta capacidad se basa en actividades propiamente femeninas, poco reconocidas en los estudios realizados, como la recolección, la domesticación y el intercambio de pequeñas especies, la producción de traspatio y el saber hacer la comida. Estos atributos minimizados en las etnografías de sociedades que han pasado hambre son resultado en gran parte de explicaciones androcéntricas que resaltan los fenómenos de subsistencia masculinizadas por considerarlas como más racionales y complejas que las femeninas, las que son consideradas como "naturales". En el hecho de subsistir se busca la explicación de cómo y por qué ciertas sociedades continúan existiendo después de la eliminación de otros elementos o luego de pasar por dificultades adversas como el clima o la peste. En la búsqueda de respuestas, se observa cómo ciertas sociedades deben ela-

¹ Para observar algunos ejemplos, consúltese la revista *Anthropologie et Sociétés* (1992) en su número *Crises de subsistance*.



borar prácticas que les permitan proveer de materiales y símbolos para satisfacer las necesidades esenciales de su existencia (alimentación, vivienda, vestido y salud). Sin duda, el estudio de estas prácticas exige el desarrollo de una conciencia histórica y crítica de las situaciones que esas sociedades han tenido que confrontar para alimentarse, subsistir y reproducirse.

El esfuerzo por conceptualizar las estrategias alimentarias de estas sociedades no debe, por lo tanto, realizarse sólo desde un punto de vista matizado por interpretaciones androcéntricas de la antropología clásica. Para la creación de esa conciencia crítica e histórica, se ha de premiar a las interpretaciones que den lugar a la visibilidad de las mujeres, así como sus responsabilidades, capacidades y atributos al hecho alimentario.

Partamos de algunos elementos que forman la noción de estrategia (alimentaria) en las ciencias sociales, para luego dar cabida al hecho de que la subsistencia y la persistencia de esas sociedades son el resultado de las capacidades de hombres y mujeres que luchan por idear y ejecutar sus estrategias de reproducción social. El propósito es que estos elementos logren que el concepto sea a la vez más empírico, más directamente ligado a las situaciones pasadas y presentes de esas sociedades, e implicar, ante todo, una relación estrecha entre la teoría y la práctica (Foucault, 1992).

Varios han sido los y los autores y las corrientes contemporáneas que han colocado en medio del debate académico la necesidad de renovar el concepto de estrategia de reproducción social (véase Schmink, 1984; Narotzky, 1997).² En primer lugar tenemos a las feministas, quienes critican el carácter dicotómico de la reproducción biológica y lo social, donde el sexo femenino reproduce la vida (fuerza de trabajo) y el masculino la sociedad (las leyes) (Mies, 1986; Mies y Shiva, 1992). Esta división de papeles sociales no se da en un orden natural, como se pretendió durante mucho tiempo, sino social y de dominación, donde lo femenino se subordina a lo masculino. Aunque no es fácil distinguir las *necesidades estratégicas* de las mujeres para revalorar esos

² El concepto de reproducción social tiene una base epistemológica marxista, en la cual la producción y la reproducción de la vida real se logran con base en una lucha idealista por acceder a los medios que permiten la reproducción. Narotzky (1997) realiza una crítica constructivista de los aportes del materialismo histórico y la dialéctica en la comprensión de la reproducción social que influenciaron los trabajos de Thompson (1963), Baudrillard (1974), Godelier (1974), Gramsci (1987) y Bourdieu (1994). Véase también la perspectiva postestructuralista de Kearney (1996) y García Canclini (1989).



papeles "tradicionales" en las esferas de la reproducción cuando existe el hambre, las estrategias o prácticas de subsistencia continúan teniendo en esencia el reproducir la vida (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari, 1996). Pero la reproducción de la vida no es una necesidad biológica sino humanizada y social, de aquí que la alimentación humana como necesidad primaria para reproducirse no se satisface con una dieta balanceada, sino con la manera de comer, lo que se consume y lo que está prohibido, las maneras de preparación y distribución, así como las responsabilidades de alimentar y las interacciones con otros seres humanos durante el acto de comer en lo cotidiano y en las festividades (cívico-religiosas), todas ellas son parte de las necesidades alimentarias que, a su vez, constituyen las estrategias de reproducción social. Por ello, las prácticas de subsistencia de las mujeres sobrepasan el límite de lo biológico y lo natural. Su lucha reside más bien en el reconocimiento de los lazos y de las responsabilidades que se generan en esas estrategias o prácticas de subsistencia, y no por el derecho en sí mismo (French, 1986:498).

El concepto de estrategia de reproducción desarrollado por Bourdieu (1994) pone el acento en la perpetuidad "de la unidad familiar" sin distinguir esta lucha en el seno de los hogares. Más bien las sociedades perpetúan su unidad por propensión (*conatus*) contra los factores que las dividen, particularmente contra aquellos que compiten en el terreno que fundamenta la "unidad familiar" (195). Para Bourdieu, son las diversas estrategias que permiten la reproducción de los valores y privilegios familiares en sus formas de capital: simbólico, social y económico; éstos no se reproducen, sin embargo, sin una lucha de cohesión y de fuerzas económicas.

Algunos autores han criticado el concepto de Bourdieu, precisamente porque la noción de valores en formas de capital hace un llamado a un modo de producción específico (véase Kearney, 1996), lo que difícilmente puede aplicarse a sociedades campesinas no occidentales, pues éstas se conciben como sociedades heterogéneas en la medida en que están sometidas a un proceso no continuo de hibridación (incorporación de saberes y prácticas de otras culturas) y de diferenciación de clases (García Canclini, 1989). Por lo que respecta a la "unidad familiar", la perspectiva de género desconstruye el raciocinio naturalizado, ahistórico y universal de la noción familia y unidad familiar, para denunciar las relaciones asimétricas y jerárquicas que se dan en la distribución



interna de los valores y recursos entre sus miembros (Mies, 1986), los que, a su vez, se van reconfigurando (jerárquicamente) según las múltiples relaciones sociales que van penetrando e interactuando en el ámbito del hogar (Labrecque, 1997).

Desde una perspectiva de satisfacción de necesidades en alimentación en su concepto no restringido, sino humanizado y social, el ambiente natural también juega un papel importante en las estrategias de reproducción social, que al parecer Bourdieu no somete a sus formas de valores. El acceso a los recursos naturales, la distribución de éstos, la asignación de las responsabilidades sobre el control y manejo de ellos, sus usos y valores son relaciones que establecen los miembros de una sociedad con la naturaleza, en busca de satisfacer sus necesidades alimentarias. Cuando algunas características inciertas e inalterables de la naturaleza (sequías, inundaciones, heladas tempranas) eliminan las posibilidades de obtener medios para alimentarse, las sociedades dan muestra de su habilidad de subsistencia a través de acciones que tratan de modificar o controlar la naturaleza para satisfacer sus necesidades (Giddens, 1987; Woodgate, 1992). Teniendo en cuenta que la historia está inscrita en el ambiente, las relaciones pasadas entre los individuos, los grupos y las comunidades se expresan en sus sociedades, convirtiéndose así en elementos restrictivos de las relaciones futuras (Wilmsen, 1989).

Giddens (1987) apunta que las sociedades afectadas incorporan las experiencias pasadas, como las variaciones climáticas y las prácticas de adaptación, modificando o no sus estrategias, y prosiguen así una dinámica de ajustes y de cambios que les permite su propia reproducción social. En gran medida la incorporación de experiencias, que restringen o no el éxito de una estrategia, corresponde a lo que Giddens (1987) denomina el "circuito de reproducción", donde los actores involucrados en las estrategias controlan de manera reflexiva y reflexionada lo que hacen y cómo ellos utilizan las reglas y los recursos sin dejar de producirse.³ Ciertamente, este ángulo innovador sobre las estrategias de reproducción social no somete a un examen crítico so-

³ El circuito de reproducción es definido por Giddens (1987) como el conjunto de relaciones de reproducción institucionalizada y regidas por los lazos casuales *homeostáticos* o por una *autorregulación reflexiva*. Los lazos *homeostáticos* son los factores causales que tienen un efecto de realimentación en una reproducción sistemática, donde dicha realimentación en buena parte es el resultado de consecuencias no buscadas. La *autorregulación reflexiva* son los lazos casuales que tienen un efecto de realimentación



bre el uso diferencial de las reglas y los recursos entre los géneros, las generaciones y las etnias. Si bien las variaciones climáticas son el adversario para una sociedad, la cual planea una estrategia de lucha para someterlas, para otros miembros de la misma sociedad su lucha se libra en contra de otro adversario, como pueden ser las mismas reglas establecidas para someter a la naturaleza. Ambas luchas se dan en el espacio social, recreando relaciones de poder, donde el conflicto, la renuencia, la negociación, las sumisiones y las rebeliones forman parte de los juegos estratégicos que reproducen a las sociedades. En otras palabras, toda estrategia social que intenta alcanzar un objetivo o controlar, combatir o afrontar a su(s) adversario(s) recurre inevitablemente a relaciones de poder.

En este sentido, retomo la definición de Foucault (1992) sobre las relaciones de poder, entendiendo éstas como un modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre los otros, sino que sobre su acción propia. Según este autor, una relación de poder (en desagravio de la violencia) se articula sobre dos elementos que le son indispensables para ser justamente una relación de poder: que el "otro" (aquel sobre el cual se ejerce) sea reconocido y se le mantenga hasta el final como sujeto de acción, y que se abra un campo de respuestas, reacciones, efectos e invenciones posibles (313).

No hay relación de poder sin resistencia, o una acción sin reacción, y no sólo las rebeliones de los sujetos de acción son muestra de la resistencia, también todas las respuestas constituyen un espacio social para resistir ante una acción.⁴ En efecto, las múltiples formas de existir activan diversas respuestas creativas, así como diversas formas de resistencia tanto por los miembros del hogar (entre géneros y generaciones) que se relacionan con un sistema de producción dominante (capitalista) en varias dimensiones (principalmente a

en una reproducción sistémica, donde esa realimentación se ve sustancialmente influida por un saber que los agentes tienen sobre los mecanismos de una reproducción sistémica y que emplean para controlar (pp. 393-397).

⁴ La teoría de la resistencia ofrece sin duda un análisis más profundo sobre los movimientos sociales que surgen como resistencias frontales y contestatarias, que en su lucha planean estrategias que desean ganar la partida a quien sustenta el poder (véase Escobar y Álvarez, 1992). Mi intención no es entrar a esta teoría, sino rescatar la esencia de la acción. Es decir, que no es necesario un movimiento social contestatario o una rebelión social para anunciar la resistencia, sino que la resistencia se da en múltiples formas de reacción.



través del salario laboral; véase Goodman y Redclift, 1982), como por las comunidades rurales, que continuamente intentan encontrar medios de resistencia para evitar perder sus saberes locales y costumbres socioculturales ante los puntos de vista generalmente aceptados sobre las estrategias de reproducción social (Escobar y Álvarez, 1992), que tienden a universalizarse en los procesos de integración al sistema mundial.

Con base en las aportaciones de Narotzky (1997), las estrategias las podemos definir (de primer intento) como procesos sociales en los cuales cada etapa planeada es en sí un campo de fuerza, en el que las relaciones de género se establecen en torno al ejercicio del poder, de la posición y de la dominación, donde lo prohibido para unas o unos es lo permitido para otros u otras. Las estrategias son escenarios de combate donde la significación y asignación producida afecta el proceso de reproducción social (y económico) en su conjunto a través del tiempo, sin olvidar que las estrategias sociales de reproducción están engranadas en procesos sociales más amplios, mediante los cuales se están redefiniendo constantemente. Es en esta arena donde se construyen directamente las identidades de los sujetos de acción. Mientras exista pluralidad de significaciones en relación con la multiplicidad de arenas de combate (materiales, discursivas, ideológicas, simbólicas o políticas), habrá definiciones y redefiniciones de las identidades y de las diferencias sociales entre los géneros, generaciones, clases y etnias. Según Joan Scott (1996), el papel de la mujer se define en el significado que socialmente adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta (228). En este sentido, a la mujer, miembro de un hogar, grupo o comunidad se le pueden atribuir varias identidades; se identifica con ellas en diversos procesos de pertenencia según se posicione en los espacios sociales o arenas de combate: campesina, pobre, marginal, indígena, madre, molendera o curandera.

Por una metodología multidimensional y pluriperspectiva

Ya en sí el tema sobre estrategias alimentarias campesinas es complejo. Por un lado, se trata de procesos sociales locales de subsistencia encajados en estructuras sociales más amplias (el sistema mundial) mediante múltiples relaciones



sociales históricas y concretas. Además, el objetivo es evitar subordinar categorías en estos procesos. Por otro lado, las estrategias alimentarias, ligadas forzosamente a la reproducción social, conciernen a procesos del mantenimiento material de la vida, la que no puede estar separada de sus expresiones culturales. Estas pretensiones arguyen dificultades teóricas y metodológicas importantes. Una manera de sortearlas es dar seguimiento al consumo de un alimento que forme parte de la identidad cultural de las sociedades campesinas que se estudiarán, como por ejemplo el maíz (procesado en tortilla), que está ligado a la identidad campesina del México central (Vizcarra, 2002b). Al seguir el consumo del alimento (u objeto de estudio) a partir de múltiples sitios de observación (etnografía *multisite*), podemos identificarlo como un objeto saturado de valores materiales, simbólicos y de relaciones sociales que permite redefinir las estrategias alimentarias que las sociedades campesinas planean para lograr su consumo.

La etnografía "multisitios" es el enfoque metodológico que permite rechazar las categorías dualistas que distinguen los niveles de abstracción entre lo local y lo global, lo micro y lo macro y entre el organismo y el sistema. La etnografía multisitios parte de la premisa de que los objetos de estudio y las realidades son más complejas. Marcus (1995) precisa que:

La investigación multisitios fue concebida para abordar problemáticas sobre cadenas, procesos, conjunciones o yuxtaposiciones de locaciones en las cuales el etnógrafo establece alguna forma literal o en presencia física, su posición lógica y explícita de asociar o conectar diferentes sitios de observación a un hecho definido y argumentado de la etnografía. En suma, cada etnografía multisitios es una práctica sofisticada del constructivismo [...] (105).

No obstante, la etnografía "multisitios" puede presentar algunos problemas de construcción, sobre todo en lo que concierne a las resistencias, lo que nos puede conducir a arriesgarnos a seguir un objeto sobrestimando su importancia y someterlo a una categoría superior o inferior. Por ello es importante, desde el principio hasta el final, establecer e ir revisando un marco conceptual y metodológico que evite la sumisión de una categoría a otra.

Si bien la etnografía *mutisited* nos permite, a través de múltiples sitios de observación, relacionar las respuestas o actos de resistencia (lo *inter* e *intra-*



micro) con las acciones internas y externas que regulan la seguridad alimentaria campesina (lo *meso* y lo *macro*); también podemos proceder a un análisis multisitios desde diferentes perspectivas. En ese entendimiento, la etnografía del objeto alimentario se estudia desde distintos puntos de vista o enfoques que posibilitan dar atención especial tanto a las interconexiones e interpenetraciones entre lo *micro* y lo *macro* (Roseberry, 1989a) como a las relaciones de poder, de resistencia e identidad.

En lo que se refiere a la etnografía en multisitios (*multisite*) del objeto alimentario, ésta puede ser elaborada en tres dimensiones:

- *Micro: inter e intramicro*, la etnografía del proceso de su consumo en lo cotidiano (de los individuos y en los hogares); estrategias alimentarias de los hogares campesinos (hogares y comunidad).
- *Meso*, instituciones estatales en materia de desarrollo agropecuario (planes y agentes de gobierno estatal).
- *Macro*, políticas nacionales en materia de seguridad alimentaria y desarrollo rural y agropecuario (planes y programas nacionales) y el sistema mundial (proceso de globalización, acumulación de capital internacional y organismos de desarrollo mundial: FAO, FMI, BM).

El vaivén entre estas dimensiones y otros lazos de ir y venir presenta necesariamente desfases temporales, pues las consecuencias de un cambio macroeconómico no se revelan del todo en un tiempo inmediato o a corto plazo; más bien las reacciones y respuestas locales pueden corresponder a relaciones desarrolladas desde hace tiempo (Winslow, 1997). En suma, la investigación multisitios permite que el estudio de las dinámicas sociales sean abordadas en sus dimensiones discontinuas y multitemporales.

Dado que las personas, los hogares y las comunidades que intervienen en el proceso del consumo van cambiando en términos no sólo generacionales, sino también en términos de sus propias dinámicas en las relaciones de género, etnia y clase con respecto a las políticas alimentarias, el estudio de las estrategias de los hogares campesinos deberá retomar al menos más de una perspectiva de análisis en cada una de las dimensiones arriba mencionadas.



El análisis pluriperspectivo

En la búsqueda de observar de la manera más completa y menos parcial las estrategias alimentarias de los hogares campesinos para “consumir su objeto alimentario” bajo un esfuerzo reinterpretaivo y constructivista, necesitamos acercarnos a la conjunción o complementariedad de perspectivas que permitan examinar las relaciones de poder (acciones y reacciones) que se han generado en dichas estrategias a través de sus procesos históricos.⁵

La alimentación de los pueblos: el hambre o las penurias, los hábitos, sus símbolos, sus valores, la organización y su relación con la naturaleza para alimentarse, exige seguramente múltiples enfoques de interpretación y análisis para ser lo menos parciales en nuestras explicaciones, pero también demanda una reflexión crítica para suscitar intercambios propios a fin de corregir ciertas insuficiencias lógicas legitimadas en los procesos científicos occidentales (Calvo y Courade, 1992), que nos han llevado a la parcialidad de las realidades de otras sociedades, sujetándolas a categorías inferiores o subordinadas, o bien han contribuido a restringir la comprensión del acto alimentario, marginando temas como el género (Vizcarra, 2002a, Young, 1999), la identidad y la resistencia. Pese a esta necesidad, aún tenemos que elegir y desechar los enfoques o perspectivas para el estudio de la alimentación, pues teórica y metodológicamente se requiere de un esfuerzo inter, multi y pluridisciplinario para lograr observar casi “completamente” el fenómeno social de la alimentación de los pueblos desde todos sus ángulos (Wissner y Schiefenhövel, 1995; Espeitx, 1999). Conscientes de nuestras limitantes, la elección de enfoques desde una disciplina en las ciencias sociales, en nuestro caso la antropología, debe hacerse siguiendo al menos un esquema crítico que permita una acción reflexiva de otros enfoques en otras disciplinas y desde otras ciencias, con el fin de abrir canales o fuentes de interpretación un poco más convincentes, y que además permitan el hecho de dotarnos de nuevos instrumentos de conocimientos, evitando caer en conclusiones erróneas y encontrar realidades que no corresponden a nuestras nociones “universales”.

⁵Young (1999) prescribe esta conjunción como un “postist”. Es decir que para estudiar el fenómeno del hambre se debe tratar la variedad de enfoques que ha cambiado el racionalismo de percibir el mundo y puesto a debate los grandes proyectos metateóricos, la objetividad científica de las concepciones occidentales y los supuestos universales (p. 107).



Para tal esfuerzo, me parece pertinente adoptar tres perspectivas simultáneas que ofrezcan la oportunidad de analizar los momentos de lucha, resistencia, creatividad e inventiva para subsistir y hacer frente a las crisis de inseguridad alimentaria, y que además den visibilidad a todos los actores (pasivos y activos) que intervienen en las estrategias alimentarias de los hogares campesinos. Las tres perspectivas son: una perspectiva de *género*, concretamente la *ecología política feminista* (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari, 1996), ya que ésta no sólo trata el género como una variable crítica de las cuestiones de poder y los paradigmas del desarrollo económico, sino que estas críticas colocan al acceso y control de los diferentes recursos necesarios para el logro sustentable de la seguridad alimentaria de los hogares campesinos en el eje central del análisis para promover el cambio y la justicia social; otra perspectiva sobre los *procesos históricos* para recuperar la construcción social de las *culturas subalternas* (Mallon, 1995; Roseberry, 1998; Guradino, 1996); y la perspectiva de *la economía moral*, que permite estudiar los mecanismos de resistencia bajo una lógica en la ética de subsistencia de las comunidades campesinas, dentro de una dimensión moral (Scott, 1976).

A continuación revisaré las tres perspectivas con el fin de rescatar los elementos que nos conduzcan a la redefinición de las estrategias alimentarias de los hogares campesinos y que éstas puedan estudiarse.

Género

La perspectiva de género surge del desarrollo de estudios feministas de diferentes corrientes que han buscado, desde las ciencias sociales y humanas, elaborar una teoría que se refiera a los procesos de diferenciación, dominación y subordinación entre los varones y las mujeres. Esta perspectiva puede ser utilizada no sólo como un examen de la condición femenina en múltiples situaciones, sino en términos de la reformulación de conflictos para transformar las condiciones de vida de las mujeres. Ciertamente, la diferencia sexual entre varones y mujeres es un proceso largo y complejo, hasta el punto de que llegaron a desconocerse y separarse teóricamente. De ahí que la perspectiva de género ha intentado suplir estas distancias biológicas (sexuales), centrándose en que



el reconocimiento de las diferencias entre las mujeres y los varones no se dan en referencia al sexo biológico, sino que esta diferencia se le atribuye a la construcción cultural de significados (y símbolos) que cada sociedad le asigna a tal hecho (De Barbieri, 1990; Fraisse, 1991; Lagarde, 1990; Scott, 1996).

En otras palabras, la perspectiva de género como construcción simbólica y social que se erige por encima de los datos biológicos retoma los esfuerzos académicos, políticos y de grupos de activistas, en los cuales se describe cómo opera la simbolización de la diferencia sexual en las prácticas, discursos y representaciones culturales sexistas y homorfos (Lamas, 1996). En este sentido, la perspectiva de género es una herramienta de análisis necesaria para descodificar el sistema de poder resultado de un conflicto social, y con base en ésta restablecer un nuevo esquema de interpretación de las sociedades.⁶

La perspectiva feminista que más se adscribe al estudio de las estrategias alimentarias campesinas es la de ecología política feminista (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari, 1996).

Esta posición feminista-ecologista nos ayuda a comprender cómo las relaciones de poder, evidentemente, dentro de la elaboración y la ejecución de las políticas, promueven o restringen el acceso a y el manejo de los recursos; asimismo, condicionan la toma de decisiones ambientales y alimentarias orientadas a asegurar la reproducción de la vida en los hogares, en la comunidad, en la región, en la nación y en el mundo. La perspectiva de la ecología política feminista se basa sobre todo en los análisis de la identidad y de la diferenciación, así como en la pluralidad de significados en relación con una multiplicidad de sitios de lucha y cambio sociales y ambientales (Ghai y Vivian, 1992).

El análisis de las estrategias alimentarias de los hogares campesinos debe inscribirse en esta perspectiva, pues permite considerar las interconexiones de toda vida con las relaciones de poder, comprendiendo las relaciones de género en la toma de decisiones sobre la alimentación a nivel de los hogares y sus lazos con la comunidad y su ecosistema (Thomas-Slayter y Rocheleau, 1995). Además, esta perspectiva trata el género como una variable crítica de las cues-

⁶ A esta postura se le han incorporado hipótesis provenientes de las teorías del poder y del conflicto, y recoge aportaciones postestructuralistas como las de Foucault (McNay, 1992) y postmodernistas como las de Haraway (1991) y Butler (1990). En esta corriente, se observa la crítica cultural occidental, reconstruyéndola y redefiniendo un papel antisexista y antihomorfo; sin embargo, la categoría de género resulta ser una herramienta indispensable para proponerlo (Bordo, 1990).



tiones de poder, de acceso a los recursos y los paradigmas del desarrollo económico con dominio ideológico patriarcal.⁷

En el caso de México, al igual que en muchas partes del mundo, la ideología predominante es la patriarcal. Su dominio se ve reflejado en el control masculino de ciertos campos decisivos para mejorar las condiciones de vida de las mujeres, como es el acceso a la información, al saber hacer, a la tecnología y sobre todo a los recursos. Asimismo, los trabajos rutinarios de preparar los alimentos son constantemente desvalorizados en la esfera ideológica patriarcal. En otras palabras, la ideología patriarcal, que sitúa a las mujeres en la esfera de lo privado, condiciona las responsabilidades de los varones y de las mujeres determinando los valores sociales atribuidos a cada uno (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari, 1996). Esta ideología se reproduce en todas sus dimensiones (internacionales, nacionales, regionales, locales y familiares) a través de prácticas discursivas que implícitamente consideran el trabajo de las mujeres como "infinitamente" extensible y que sus responsabilidades domésticas (productivas y reproductivas) no son tan importantes.

Ciertamente, la depreciación significativa del trabajo doméstico femenino condiciona el comportamiento, las costumbres y la cultura política, lo cual trae consecuencias prácticas para las mujeres, no sólo porque se les niega o condiciona el acceso a los recursos necesarios para cumplir con sus responsabilidades, sino porque su desvalorización social las hace más vulnerables a la marginalización.

Procesos históricos subalternos

Partiendo de una apreciación necesaria de Mintz (1999), no podemos referirnos a la comida y a la naturaleza de los alimentos sin conocer su historia, pues corremos el riesgo de determinar significados y estructuras sociales sin comprender los cambios y cómo éstos operan sobre el juego de diferentes facto-

⁷La perspectiva permite hacer una reflexión crítica sobre el triunfo de la tecnología sobre la naturaleza (Haraway, 1991; Harding, 1990), resaltando que esta trayectoria sobre las políticas de modernización como única alternativa para el crecimiento económico y aumento en la disponibilidad alimentaria impide el acceso a los recursos a todas las sociedades y pone en peligro las posibilidades de accesibilidad a ellos en un futuro próximo.



res ecológicos, económicos, políticos y culturales. Para comprender por qué la comida de un pueblo estructura los rasgos de una sociedad y, a su vez, es estructurada por acontecimientos en un momento dado, necesitamos partir desde sus orígenes históricos que conforman, delimitan y ayudan a interpretar esa capacidad de creatividad y respuesta de las sociedades para persistir. En el entendido que sería una versión incompleta si no se rescata el papel de las mujeres en dichos procesos. Esta propia identidad proviene, según Mintz (1999), de "la capacidad básica para favorecer el desarrollo y la diferenciación cultural", expresada en el tiempo. "Pero sin el cuidadoso estudio del pasado de cada sociedad, corremos el riesgo de simplificar nuestras explicaciones, bien enfatizando demasiado nuestra capacidad simbólica, o bien dotándonos de una racionalidad que no tenemos". Por ello "se ignoran las realidades cotidianas que tenemos que trabajar, y se simplifican fines y medios" (15).

En este sentido, hemos venido observando las causas de la inseguridad alimentaria a través de la historia de las sociedades concretas, como consecuencias (efectos) de las grandes transformaciones sociales, tendiendo a dar soluciones técnicas a problemáticas sociales. De la misma manera, nuestras percepciones de la realidad campesina desvían nuestra atención de las relaciones de poder, de voluntad y de privilegios en todos los niveles de la sociedad (género, clase, etnia, raza), por lo que tendemos a pasar por alto los mecanismos de resistencia (reacciones) que originan cada relación de poder (acción). Desde un punto de vista moral, se trata de enderezar nuestras percepciones hacia el camino de la justicia social en la seguridad alimentaria.

Para indagar cómo se fueron dando las diferencias entre los sexos y el proceso de su construcción social, así como los conflictos que surgieron de esta construcción, sería importante recurrir a las múltiples referencias arqueológicas, etnohistóricas y económicas para que en conjunto con las referencias pasadas y presentes de la población a estudiar (varones y mujeres) se reinterprete su historia. En esta recuperación, se debe dar seguimiento a los conflictos y negociaciones no sólo entre los géneros sino también entre las etnias y las clases que tuvieron lugar a través del consumo del "objeto alimentario". En efecto, considero que el consumo del "objeto alimentario" puede ser un testimonio más o menos fidedigno para observar la construcción social de la diferenciación entre géneros, clases y etnias, debido a que es de las pocas activi-



dades que sigue siendo el reflejo de los modos de vida rural de los hogares campesinos a pesar de sus continuas transformaciones socioeconómicas y políticas históricamente identificadas.

La necesidad de contar con un contexto etnohistórico *subalterno* surge de tratar de responder a las preguntas en torno a la seguridad alimentaria de los hogares campesinos: ¿por qué la gente hace lo que hace?; más precisamente: ¿desde cuándo ciertas poblaciones consumen sus alimentos (tradicionales)? Y, sobre todo, ¿desde cuándo las mujeres son responsables de la elaboración de esos alimentos?, ¿cómo adquirieron esa responsabilidad?, ¿cuáles han sido las transformaciones en las relaciones de género a través del tiempo en cuanto a las responsabilidades alimentarias?

Economía moral o ética de subsistencia

La perspectiva de la *economía moral campesina o de los pobres* (Scott, 1976) sugiere que el temor a la insuficiencia de alimentos de las sociedades campesinas experimentadas en el transcurso del tiempo (de la historia) ha definido culturalmente el mínimo nivel de subsistencia bajo normas de reciprocidad y valores de justicia y legitimidad. Conforme a Scott, la violación de esta ética de subsistencia, a partir de la integración de las garantías de subsistencia campesina a la vida económica hegemónica, no sólo origina rebeliones campesinas, sino que también fragmenta y disuelve la economía de subsistencia, dando lugar a la injusticia y a la inmoralidad, las que pueden representar un nuevo orden mundial.

Pero los mecanismos de resistencia basados en esta rica visión de la economía moral no deben limitarse a las rebeliones o movimientos de protesta de los pobres, quienes reclaman el *derecho a la subsistencia*, ni tampoco a desaparecerlos en integraciones hegemónicas, sino que se deben examinar internamente los procesos de construcción de esta lógica. Como lo señala Mallon (1995), al colocar a las masas campesinas dentro de los procesos históricos e idealizar y homogeneizar sus comunidades para entender las grandes transformaciones sociales, tendemos a construir valores universales sobre la subsistencia. Al mismo tiempo, nos inclinamos a ir desapareciendo los conflictos internos, la violencia, la cohesión y los procesos de decisión comunal y do-



mésticos que manifiestan los gestos de solidaridad, justicia, redistribución, reciprocidad, inclusión y exclusión que regulan la construcción social de la comunidad (etnicidad), de los hogares y de sus miembros (género y edad) que la conforman. Desde este punto de vista, la seguridad de subsistir y los valores que históricamente la van redefiniendo dentro de la lógica de la comunidad pueden considerarse también como mecanismos de resistencia.

Tomando en cuenta las características generales que dan un significado consensual a la comunidad, es decir: la legitimación y su complicitad; la contestación (pese a que sus procesos difieran de una comunidad a otra); el espacio socialmente dinámico (Mallon, 1995:65), y, debido a su especificidad local, forzosamente heterogénea, entonces, difícilmente podemos olvidar que cuando las estrategias alimentarias de los hogares campesinos se ven amenazadas o en crisis de subsistencia como resultado de la escasez de alimentos, pérdida de su autonomía para producirlos o inaccesibilidad para adquirirlos, desarrollen su creatividad de respuesta con base en los valores y significados culturales legitimados en la comunidad.

Asimismo, si estas crisis provienen de transformaciones sociales donde interfieren diversos factores ecológicos, políticos y económicos externos, no son por sí solas, señala Mallon (1995), propulsoras de los cambios en la comunidad, sino que contribuyen por añadidura a recrear una ya dinámica y compleja legitimación y redefinición de relaciones de poder y significados culturales, los cuales están en constante movimiento a nivel de un contingente humano históricamente construido.

Las relaciones de poder reguladas en la comunidad son, sin embargo, relaciones sociales asimétricas y jerárquicas propias o impuestas por otras formas de producción, donde las identidades de sus miembros se negocian, al igual que los conflictos entre los hogares, dentro de ellas y entre los géneros (Deere, 1990). Según estas aserciones, tenemos que aceptar que la legitimación del poder se da en un marco ideológico patriarcal fundado en la división sexual "socialmente correcta" (Deere, 1986). De esta manera los pobladores masculinos tienen acceso a las fuentes de dicha legitimación, resaltando que la idea de un buen patriarca reposa en las nociones de justicia, reciprocidad y responsabilidad dentro de un marco generalmente aceptado por la población (Mallon, 1995). El mutuo reconocimiento del poder produce efectos de man-



tenimiento recíproco (Foucault, 1992), por lo que la complicidad de las mujeres no solamente crea una imagen erróneamente homogénea de la comunidad campesina, sino que maquilla la noción de justicia social.

No podemos excluir de nuestros análisis sobre las estrategias alimentarias de los hogares indígenas-campesinos el interior de los procesos de construcción de esta lógica de subsistencia, la que se va legitimando socialmente por la comunidad a través de sus propios procesos históricos (Mallon, 1995). Es decir, las estrategias alimentarias de los hogares campesinos deben considerarse como arenas socialmente construidas dentro de una lógica de ética de subsistencia, la que se encuentra en constante movimiento y redefinición debido tanto a los conflictos y negociaciones internos entre los miembros de la comunidad (etnias) y dentro los hogares (géneros) como a los conflictos generados por relaciones sociales impuestas por otras lógicas de reproducción (clases) más amplias.

El escrutinio no se da, sin embargo, en reuniones convocadas por un contingente humano estructurado por jerarquías; más bien es un proceso social interiorizado mediante las prácticas domésticas. Por ejemplo, a la orilla del río, cuando las mujeres lavan la ropa y se bañan, o bien cuando se reúnen para moler en el metate el nixtamal colectivamente. En estos espacios "feminizados", ellas intercambian puntos de vista, discuten, aceptan o rechazan actitudes, nuevas prácticas, nuevos conocimientos, programas gubernamentales, entre otros tantos aspectos sociales, culturales, económicos y políticos que incumben a la comunidad. Los acuerdos o desacuerdos son llevados al seno del hogar, la pareja, parientes, hijos y vecinos, y viceversa. En una forma secular se van integrando, adaptando, adoptando o rechazando nuevas prácticas y valores sociales, que hacen posible la subsistencia. Este proceso sería parecido al que propone García Canclini (1989) sobre las estrategias sociales para salir o entrar a la modernidad, reproduciendo culturas híbridas.

Por otra parte, esta forma de construir la "lógica" de subsistencia no puede ser considerada como ideal, pues la ideología predominante "patriarcal" regula en este espacio las relaciones sociales asimétricas y jerárquicas propias y/o impuestas por otras formas de producción, dentro de las cuales las identidades de sus miembros se negocian, al igual que los conflictos entre las familias, dentro de ellas y entre los géneros (Deere, 1990). El acceso a la tierra, sus cos-



tumbres distributivas y hereditarias son prácticas que responden, sin duda, a esa ideología que estructura las condiciones de lucha en torno al control de los medios de subsistencia. La legislación basada en esa ideología no hizo más que reforzar el dominio masculino sobre esos recursos.

No obstante, las comunidades no están aisladas de contextos más amplios, sino al contrario, constantemente se encuentran sujetas a juegos estratégicos de poder a los que se embate discontinuamente. De cierta manera, el empobrecimiento, la desigualdad social y la diferenciación de etnia y clases se deben principalmente a otros factores exógenos a la comunidad, que actúan como mecanismos de control social. Entre ellos destaca su categorización inferior dentro de los procesos históricos nacionales e internacionales en la expansión del capital (Wolf, 1982).

El consumo “del objeto alimentario”, un proceso social estratégico

Narotzky (1997) insiste en que el significado cultural del proceso social dialéctico del consumo de los alimentos debe tomarse en consideración para expresar las relaciones sociales y las luchas de poder, pero no separándolas de un proceso global más complejo, ni colocándolo como el último terreno de las relaciones de poder. De acuerdo con su sugerencia, el consumo de la comida (culturalmente definida) deberá englobar el conjunto de relaciones concentradas alrededor de: el acceso y control a diferentes recursos para poder preparar la comida; la interacción de la formación recíproca entre las relaciones y la distribución de recursos dentro de los hogares y entre los hogares; las relaciones concernientes a la transformación y, finalmente, las relaciones producidas y reproducidas en el momento del consumo final.

Por lo anterior, ya no podemos referirnos al consumo de alimentos como un proceso natural sino social, pues no sólo se trata de concebirlo dentro de un proceso más amplio, sino, como lo señala Narotzky, el conflicto, la negociación y la diferenciación emergen en cada etapa del consumo, diseñando así el campo de fuerza de la etapa siguiente.

Ciertamente, Narotzky considera el proceso del consumo como una parte importante de la cadena alimentaria donde se reflejan las relaciones de poder, las asimetrías y jerarquías que se establecen en el hecho alimentario. Sin em-



bargo, su propuesta va más allá, si bien es importante estudiar todo el proceso de producción-reproducción, partir del estudio del consumo como un proceso en sí (acceso y manejo de los recursos, la transformación, la distribución y el consumo mismo de los alimentos) facilita la tarea de analizar las relaciones de género, por ser esta parte el elemento con más carga simbólica femenina.

Mi propuesta metodológica es precisamente estudiar el consumo como un proceso dentro de otro proceso más amplio desde al menos las tres perspectivas bordadas en este texto: de los procesos históricos subalternos, desde la perspectiva de género y desde la ética de subsistencia de los pueblos. En otras palabras, se propone reconstruir el proceso del consumo como eje de los espacios sociales (hogares campesinos), dentro de los cuales el poder y la riqueza, la dominación y la posesión están condicionados por una ideología patriarcal o dominante y jerárquica a través del tiempo, sin perder la referencia de que estos espacios están constantemente en juego, lucha o combate. Cada etapa del consumo del objeto es en sí una arena donde el significado producido afecta no solamente el proceso económico en su conjunto, sino que también construye directamente la identidad de las personas en una relación asimétrica. Se puede decir que la legitimación y la complicidad, la lucha y la solidaridad, la reciprocidad y la moralidad son elementos constantes que definen en un proceso dinámico la *justicia social*. Ésta, a su vez, toma múltiples dimensiones: privada y pública; individual y colectiva; doméstica y comunitaria; centrípeta y centrífuga; homogénea y diferenciada, así como local y global, y micro, meso y macro.

En efecto, debemos considerar las estrategias de los hogares campesinos dentro de las estrategias de reproducción social (construidas social e históricamente) ensanchadas dentro de un contexto más amplio; el de las políticas de seguridad alimentaria y del desarrollo económico del sistema mundial (Gherzi y Martin, 1996). Por consiguiente, las estrategias campesinas deben concebirse en el seno de contextos ampliados de relaciones de poder, de dominación y de relaciones sociales desiguales, producidas en el sistema mundial capitalista (Narotzky, 1997). En este sentido, cuando los hogares y, en general, las comunidades ven amenazada la preservación de sus valores y saberes frente a los concebidos en el ámbito del sistema mundial (progreso y de-



sarrollo), los hogares campesinos elaboran estrategias de confrontación para evitar su absorción a un sistema mayor.

A manera de conclusión

La creatividad e inventiva de respuestas múltiples de las mujeres, de los hogares y de las comunidades campesinas para que de una, otra o varias maneras aseguren un mínimo de alimentos al día no pueden ser percibidas desde una sólo óptica de análisis. A lo largo de este trabajo traté de subrayar la importancia de adoptar una pluriperspectiva que nos permita observar en varias dimensiones (multidimensiones) cómo las estrategias alimentarias de las mujeres, los hogares y las comunidades campesinas son un juego de acciones y reacciones que se dan en un marco de relaciones de poder, resistencia no sólo en el seno de la dinámica campesina (género, hogar, comunidad), sino que se encuentran en constante redefinición con agentes fuera de éstas (mercado, políticas de desarrollo agropecuario y programas de asistencia social) (véase Pottier, 1999). Asimismo, es en este juego de relaciones que se van definiendo las identidades.

Es importante mencionar que el concepto y la metodología ya se han aplicado en varios estudios, entre los que destaca *Entre el taco mazahua y el mundo; la comida de las relaciones de poder, resistencia e identidades* (Vizcarra, 2002b). En éste se concluye de manera general: el derecho al acceso a los recursos necesarios para preparar y consumir el taco por los hogares mazahuas es en sí un campo de batalla donde se expresan las relaciones sociales, los conflictos entre los géneros y las generaciones y la lucha por el poder. El acceso se ha convertido igualmente en un elemento crucial para la seguridad alimentaria y el combate a la pobreza de los hogares campesinos en los últimos veinte años. Los discursos dominantes sobre el tema lo aseveran. No obstante, el significado cultural del proceso social dialéctico del consumo del taco no puede entenderse limitándonos a una sola etapa, por más decisiva que ésta sea, pues las otras etapas del proceso hacen que el consumo del taco tenga un significado cultural y material dentro de un proceso global más comple-



jo y más dinámico, que trasciende hacia las estrategias alimentarias y la reproducción social de las sociedades campesinas enclavadas en un sistema mayor.

En suma: para coadyuvar con este esfuerzo pluriperspectivo y multidimensional, se propone definir al "objeto alimentario" o la comida como un proceso social donde se concretizan todas las relaciones de poder y sus respectivas reacciones. En este sentido, podremos entonces contar con un acercamiento más completo de la vida cotidiana de los hogares campesinos, pero sobre todo entender la construcción social de las estrategias alimentarias campesinas para seguir buscando respuestas que nos lleven hacia la promoción del cambio y la justicia social para todos.



Bibliografía

- Alexandratos, Nikos (1995), *Agriculture mondiale. Horizon 2010, Étude de la FAO*, Roma, FAO, Polytechnica.
- Attwood, David (1997), "The Invisible Peasant", en R. Blanton, P. Peregrine, D. Winslow y Th. Hall, *Economic Analysis Beyond the Local System: Monographs in Economic Anthropology*, no. 13, Boston, University Press of America, pp. 147-169.
- Baudrillard, Jean (1974), *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI Editores.
- Bordo, Susan (1990), "Feminism, Postmodernism and Gender-Scepticism", en L. J. Nicholson (ed.), *Feminism/Post-modernism*, Nueva York, Routledge.
- Bourdieu, Pierre (1994), *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, París, Éditions Seuil.
- Butler, Judith (1990), "Gender Trouble. Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse", en L. J. Nicholson (ed.), Nueva York, Routledge.
- Calvo, Emmanuel y Georges Courade (1992), "Introduction", en E. Calvo y G. Courade, *Revue Tiers Monde. Le fait alimentaire: débats et perspectives* (París), vol. 3, no. 132, pp. 1-2.
- Courade, Georges y Jacqueline Peltre-Wurtz (1991), "La sécurité alimentaire à l'heure du néo-libéralisme", *Cahiers des Sciences Humaines* (París, ORSTOM), vol. 2, no. 1-2, pp. 3-13.
- Deere, Carmen Diana (1986), "La mujer rural y la política estatal: la experiencia latinoamericana y caribeña de reforma agraria", en M. de León y C.D. Deere (eds.), *La mujer y la política agraria en América Latina*, Bogotá, Siglo XXI.
- _____ (1990), *Household and Class Relations: Peasants and Landlords in Northern Peru*, Berkeley, University of California Press.
- De Barbieri, Teresita (1990), "Sobre la categoría de género; una introducción teórica-metodológica", *Revista Interamericana de Sociología*, año VI, pp. 147-178.
- De Waal, Alex (1989), *Famine That Kills*, Oxford, Oxford University Press.
- Escobar, Arturo (1995), *Encountering Development. The Making and the Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- _____ y Sonia Álvarez (eds.) (1992), *The Making of Social Movement in Latin America: Identity, Strategy and Democracy*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Espeitx, E. (1999), "La alimentación humana como objeto de estudio para la antropología: posibilidades y limitaciones", *AREAS, Revista de Ciencias Sociales* (Universidad de Murcia, España), pp. 137-152.



- FAO (1996), *Contexto sociopolítico y económico general para la seguridad alimentaria en los niveles nacional, regional y mundial*, Roma, FAO-ONU.
- Foucault, Michel (1992), "Deux essais sur le sujet et le pouvoir", en H. Dreyfus y P. Rabinow, *Un parcours philosophique au-delà de l'objectivité et de la subjectivité*, París, Gallimard, pp. 297-321.
- Fraisse, G. (1991), *L'exercice du savoir et la différence des sexes*, París, L'Harmattan, pp. 5-36.
- French, Marilyn (1986), *La fascination du pouvoir*, París, Acropole.
- Friedman, Jonathan (1994), *Cultural Identity and Global Process*, Newbury Park y Londres, Sage.
- García Canclini, Néstor (1989), *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- Ghai, Daharam y Jessica M. Vivian (eds.) (1992), *Grassroots Environmental Action: People's Participation in Sustainable Development*, Londres, Routledge.
- Gherzi, Gérard y Frédéric Martin (1996), "Pour une approche renouvelée et intégrée de la sécurité alimentaire", *Agroalimentaria* (Caracas), vol. 2, pp. 19-29.
- Giddens, Anthony (1987), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Ammorrotu Editores.
- Godelier, Maurice (1974), *Rationalité et irrationalité en économie*, París, Maspero.
- Goodman, David y Michael Redclift (1982), *From Peasant to Proletarian: Capitalist Development and Agrarian Transition*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Goody, Jack (1976), *Production and Reproduction. A Contemporary Study of the Domestic Domain*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gramsci, Antonio (1987), *Selection from the Prison Notebooks*, Nueva York, International Publishers.
- Guardino, Peter (1996), *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State. Guerrero, 1800-1857*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Guba, Egon e Yvonna Lincoln (1994), "Competing Paradigms in Qualitative Research", en Denzin y Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, Londres, Sage Publications, Thousand Oak, pp. 105-107.
- Haraway, Donna (1991), *Simians, Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature*, Nueva York, Londres, Routledge.
- Harding, Sandra (1990), *Whose Sciences? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*, Ithaca, Cornell University Press.

- Kearney, Michael (1996), *Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in the Global Perspective*, California, Westview Press.
- Labrecque, Marie France (1997), *Sortir du labyrinthe: femmes, développement et vie quotidienne en Colombie andine*, Ottawa, Les Presses de l'Université d'Ottawa.
- Lagarde, Marcela (1990), *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM.
- Lamas, Marta (comp.) (1996), *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, UNAM, Porrúa.
- Mahler, Jean Philippe (1997), "Après le Sommet Mondial de l'Alimentation, quels enjeux pour la FAO?", *Revue Tiers Monde*, vol. 36, no. 151, pp. 585-601.
- Mackintosh, Maureen (1989), *Gender, Class and Rural Transition: Agribusiness and the Food Crisis*, Londres, Nueva Jersey, Zed Books.
- Malassis, L. y G. Gherzi (1992), "Economie de la production et de la consommation agro-alimentaire", *Economie agro-alimentaire*, no. 1, Francia, Ed. Cujas.
- Mallon, Florence E. (1995), *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press.
- Marcus, George (1995), "Ethnography in/of the World System: the Emergence of Multi-sited Ethnography", *Annual Review of Anthropology*, no. 24, pp. 95-117.
- Maxwell, Simon y Terry R. Frankenberger (1993), *Household Food Security: Concepts, Indicators, Measurements. A Technical Review*, Nueva York, UNICEF/IFAD.
- McNay, Lois (1992), *Foucault and Feminism, Power, Gender and Self*, Cambridge, Polity Press.
- Mies, Maria (1986), *Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour*, Nueva York, Milbank Memorial Found.
- _____ y Vandana Shiva (1992), *Ecofeminism*, Londres y Nueva Jersey, Zed Books, Fernwood Publications.
- Mintz, Sidney (1999), "La comida como un campo de combate ideológico", conferencia de clausura del VIII Congreso de Antropología, Homenaje a la Xeración Nós, Santiago de Compostela.
- Moore Lapé, Frances y Joseph Collins (1997), "Beyond the Myths of Hunger. What Can We Do?", en C. Counihan y P. Van Esterik, *Food and Culture: A Reader*, Nueva York, Londres, Routledge, pp. 402-413.
- Narotzky, Susan (1997), *New Direction in Economic Anthropology*, Londres y Chicago, Pluto Press.



- Pottier, Johan (1999), *Anthropology of Food, The Social Dynamics of Food Security*, Cambridge, Polyti Press.
- PUNE (1999), "Rapport sur le développement humain", *Económica* (París).
- Rocheleau, Dianne, Barbara Thomas-Slayter y Esther Wangari (1996), *Feminist Political Ecology; Global Issues and Local Experiences*, Londres, Routledge.
- Roseberry, Williams (1998), "El estricto apego a la ley. Liberal Law and Communal Rights in Porfirian Patzcuaro", en XXI Latin American Studies Association Congress, Chicago.
- Schmink, Marianne (1984), "Household Economic Strategies: Review and Research", *Latin American Research Review*, vol. 19, no. 3, pp. 87-102.
- Scott, James (1976), *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Scott, Joan (1996), "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Martha Lamas (comp.), *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, UNAM, Porrúa, pp. 265-302.
- Thomas-Slayter, Barbara y Dianne Rocheleau (1995), "Research Frontiers at the Nexus of Gender, Environment, and Development: Linking Household, Community, and Ecosystem", *Women and International Development Annual*, vol. 4, pp. 79-116.
- Thompson, E. P. (1963), *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage.
- Valdés, A. y A. Siamwalla (1981), *Food Security for Developing Countries*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Vizcarra, Ivonne (2002a) "Social Welfare of the 1990's in Mexico. The Case of 'Marginal' Families in the Mazahua Region", *Antropológica. Revista canadiense de antropología*; vol. XLIV, no. 2, pp. 209-221.
- _____ (2002b), *Entre el taco mazahua y el mundo; la comida de las relaciones de poder, resistencia e identidades*, Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Mexiquense de la Mujer.
- Wiessner, Polly y Wulf Schiefenhövel (eds.) (1995), *Food and the Status Quest. An Interdisciplinary Perspective*, Providence, Oxford, Berghan Books.
- Wilmsen, R. (1989), *Land Filled with Flies. A Political Economy of the Kalahari*, Chicago, Chicago University Press.
- Winslow, Deborah (1997), "Anthropology and Structural Adjustment Programs", en R. Blanton, P. Peregrine, D. Winslow y T. Hall, *Economic Analysis Beyond the Local System: Monographs in Economic Anthropology*, vol. 13, pp. 197-208, University Press of America, Boston.



Wolf, Eric (1982), *Europe and the People Without History*, Berkeley, University of California Press.

Woodgate, Graham (1992), "Sustainability and the State of the Peasantry; the Political Ecology of Livelyhood Systems in an Upland Agroecosystem in the Central Highlands of Mexico", tesis doctoral, Wye College, Londres.

Young, Liz (1999), "Gender and Hunger: Salvaging Essential Categories", *AREA*, Londres, vol. 31, no. 2, pp. 99-109.